

RELATO DE LA DIOSA FORTUNA

Hubo una época en que los destinos de la humanidad dependían de los caprichos de los dioses. El Olimpo era el templo donde se cocinaban los más bellos y los más horribles sucesos del mundo terrenal. Terremotos, guerras, amores trágicos y monstruos invencibles eran creados, enviados y decididos por la comunidad mitológica.

Entre todos, Zeus era el más imponente. Jefe y padre de todos los demás, gobernaba con mano dura hacía valer su voluntad y capricho sobre cada suceso, cada hecho, cada instante. Como todos los dioses griegos, Zeus distaba mucho de ser moralmente correcto, éticamente respetable o políticamente justo. Más bien se le describe como irascible, caprichoso y autoritario.

Pero además, Zeus era famoso por su insaciable apetito sexual. Siempre estaba enamorándose, conquistando o llevando a la cama a alguna hembra, algún jovencito...

De sus aventuras nacieron algunos dioses, varios semidioses y unas cuantas extrañas criaturas.

Una noche, ebrio de vino y de pasión, Zeus se acostó con la hermosa Thetis, diosa del mar. De esa unión nació Tykhé, (para los romanos Fortuna), hermosa muchacha que gozaba de los favores de su padre.

Cuenta la leyenda que ya desde pequeña, Zeus la mandaba a buscar y la hacía conducir a su presencia para que permaneciera cerca de él. Para intentar entretenerla, el dios supremo pidió a cada uno de los habitantes del Olimpo que enseñara algo a su hija preferida.

A Mercurio, específicamente le encomendó que la entrenara para correr más rápido que nadie. Ya a los ocho años, Fortuna movía sus pies más rápido que los alados tobillos de Mercurio y era capaz de ganarle una carrera a cualquiera, dios, humano o bestia.

A Démeter le pidió que le enseñara todo sobre la cosecha y los árboles frutales. Fortuna sabía diferenciar, con velocidad y precisión, cada una de las especies vegetales de Grecia. Sabía dónde crecía cada arbusto, cuándo florecía cada planta y cómo cosechar cada siembra.

A Hera, su legítima esposa, Zeus no le pidió nada. Quizá por celos, la diosa de la estabilidad y la familia no quería ni ver a Fortuna. De hecho, cuando Tykhé cumplió los quince años, Hera impuso en el Olimpo una regla de moralidad: nada de hijos bastardos entre los dioses. Aquellos que no fueran hijos de una unión pura, debían morar entre los humanos. Sin embargo, ya era tarde para contrariar a Zeus. El astuto padre de los dioses había urdido un plan para que Fortuna, por fuerza debiera quedarse entre los dioses y no solamente no fuera rechazada, sino todavía más cuidada y mimada por todos.

La aurora, de azafrañado velo, se esparcía por la tierra, cuando Zeus, que se deleita con el rayo, convocó la asamblea de los dioses en la cima más alta de Olimpo, lleno de riscos. A partir de aquel día, el néctar y ambrosía alimentos de la inmortalidad, no aparecerían mágicamente sino que se encontrarían en los primeros frutos de cada mañana de los árboles de la Tierra. Las primeras manzanas, los primeros melocotones, las primeras fresas de cada día llevarían en su pulpa los nutrientes mágicos para mantener a los habitantes del Olimpo jóvenes y saludables, y por lo tanto, inmortales y por lo tanto, dioses. Para evitar que los humanos comieran de esos poderosos elixires, Zeus dictaminó que el más pequeño rayo del sol que bañara los frutos recién nacidos inactivara los líquidos tan preciados.

El plan estaba completo pero ¿quién podría reconocer y recolectar los primeros frutos del día, tan hábil y velozmente como para que las primeras luces del sol no los alcanzaran? Únicamente Fortuna. Y así fue. Todas las madrugadas, Fortuna salía presurosa a recorrer toda la Tierra para recoger los primeros frutos de

cada árbol antes de que el sol dañara su maravilloso contenido. Los reunía en un cesto y velozmente los subía al Olimpo para el desayuno de los dioses.

Una mañana, Fortuna no llegó a tiempo. Los dioses empezaron a desesperarse. No pasaba nada si un día no se alimentaban del néctar, pero si la ausencia se prolongaba morirían, enfermarían o peor aún, envejecerían.

Una comisión de dioses fue a buscar a Fortuna por las calles de Grecia. Allí se enteraron de que un pescador la había atrapado accidentalmente mientras lanzaba la red al Mar Egeo. Fascinado por su belleza y sorprendido por el destino final de su carga, no quiso dejarla partir. Los dioses se aparecieron ante el pescador y le preguntaron qué quería a cambio de dejarla ir. El hombre, temblando, preguntó: -" Puedo pedir lo que quiera?" – " Lo que quieras- dijeron los dioses- se te concederá y la dejarás en libertad".

El pescador pidió y todo lo solicitado le fue concedido, después de lo cual Fortuna estuvo libre otra vez. Los dioses volvieron al Olimpo. Su provisión de alimentos estaba otra vez a salvo y en buenas manos.

Entre los humanos empezó a correr la voz. El que atrapara a Fortuna podría pedir a los dioses lo que quiera, porque ellos se lo concederían a cambio de su libertad. Enterada del peligro, Fortuna tomó más y más precauciones y pidió al resto de los dioses que le ensañaran algunas cosas más, en beneficio mutuo. De Diana aprendió a escabullirse para que nadie la viera. Empezó a viajar con mucho sigilo, sin dejar que se notara su presencia. De Afrodita, a peinar su hermoso y largo cabello bien estirado y rematado en una maravillosa trenza que, en lugar de peinar hacia la espalda como había hecho hasta entonces, empezó a dejar caer hacia adelante, saliendo de su frente y descendiendo hasta el pecho. De Urano aprendió a no dejarse atrapar por nadie y de Ares la estrategia de la guerra.

Posiblemente, como producto de todo este aprendizaje y por temor a que le tendieran una emboscada al hacer su camino habitual, Fortuna decidió que su andar no debía ser previsible. Para evitarlo, tomó una caprichosa decisión, su pie jamás debería pisar su propia huella.

Un poco por hábito y mucho seguramente por sus excentricidades, esta decisión se volvió obsesión, y la diosa Fortuna se cuidaba muy bien de no volver a pasar dos veces por el mismo lugar. De Baco aprendió las virtudes del vino para así emborrachar a los que consiguieron atraparla para escaparse, dejándolos sin nada.

Cuenta la leyenda que sigue siendo cierto que, si en tu camino atrapas alguna vez a la diosa Fortuna, los dioses te concederán lo que desees para que la dejes libre.